

# **PRÓLOGO**



Casi la mitad de la superficie de España es espacio forestal, es decir, terreno cubierto por arbolado, matorrales y pastizales. Un hecho geográfico tan relevante contrasta con la escasa atención que hasta hace muy pocos años ha merecido el estudio del *monte* por parte de las disciplinas interesadas por el mundo rural. Puede afirmarse, de hecho, que hasta comienzos de los ochenta el grueso de la literatura forestal ha sido de carácter técnico, con un sesgo dasocrático y económico-productivo lógico, y no exento frecuentemente, sobre todo en los decenios de la “cruzada forestal” impulsada por el franquismo desde 1939, de una elevada carga ideológica y propagandística.

La quiebra del régimen que tan grande y controvertido impulso diera a una de las vertientes de la política de montes –las repoblaciones forestales– y los evidentes desaciertos y contradicciones de las reforestaciones, constatables casi desde sus inicios, propiciaron desde fines de los setenta una línea de reflexión muy crítica en general con respecto de la política forestal en la que, a mi juicio, se mezclaron tanto la pulsión antifranquista como la evidencia de determinados desaguisados ecológicos y paisajísticos. Algo similar estaba ocurriendo esos mismos años con el estudio de otra de las políticas territoriales emblemáticas de la dictadura, la de regadíos o colonización, sólo que en este caso las críticas fueron eminentemente sociales y técnicas, entrándose muy poco en el balance de las implicaciones y consecuencias ecológicas de la puesta en riego en apenas treinta años de más de 2 millones de hectáreas. Algunos de esos alegatos “antirre poblacionistas” –en ocasiones, por lamentable y errada extensión, también “antiforestalistas”–, coetáneos con el despertar de una conciencia ecológica y ambiental hasta entonces inexistente en nuestro país, tendieron a configurar una serie de lugares comunes muy críticos sobre la política forestal contemporánea, hecho que, aunque comprensible y justificado en ocasiones, ocultaba la diversidad de un mundo forestal tan rico como poco conocido, y la

complejidad de unas actuaciones técnicas, de las que las repoblaciones constituían sólo un capítulo, y quizá no el más importante.

Ciertamente las repoblaciones del franquismo habían irrumpido en una sociedad rural en crisis, contribuyendo a alterar las formas de organización y las funciones seculares del monte, y modificando radicalmente la estructura biológica del agrosistema forestal. Pero no todas las actuaciones hasta entonces habían sido repobladoras, como no lo serían tampoco durante y después de los años de mayor actividad. Por otra parte, muy poco era también lo que se sabía sobre la evolución y los cambios de las sociedades rurales en relación con sus montes, aunque resultaba evidente que tales relaciones habían sido dinámicas y cambiantes a lo largo de los siglos y que cuando las actuaciones reforestadoras comienzan a aplicarse la sociedad montañesa se encontraba ya en el pórtico de una crisis irreversible.

A todo ello los terrenos forestales unen dos peculiaridades que, en general, no presentan otros espacios agrarios, concretamente las tierras de cultivo y que complican notablemente su estudio. Los montes son, por su mayor vinculación con el medio y por el mantenimiento consiguiente de numerosos componentes naturales, bióticos y abióticos, espacios muy diversos internamente y entre sí. Las generalizaciones y los análisis apresurados, fuera de los contextos locales –físicos y sociales– de cada monte, resultan aquí aún más peligrosos que para las tierras agrícolas. Por otra parte, los espacios forestales montañosos han asistido en los últimos decenios, con más crudeza y casi siempre con menos alternativas que los espacios agrícolas, a una crisis profunda de sus funciones y su gestión, y, paralelamente, a la aparición de nuevas demandas, a la intervención de nuevos actores –no siempre ni mayoritariamente forestales– y al surgimiento de conflictos por el uso de un espacio renovadamente apetecido. Este hecho resulta más agudo, si cabe, en las montañas de los ámbitos metropolitanos, donde coinciden casi siempre los procesos más intensos de abandono y las mayores presiones por el cambio de uso.

En ese contexto puede afirmarse, sin exageración alguna, que a comienzos de los ochenta la realidad de nuestros montes –realidad territorial y socioecológica, y por lo mismo genuinamente geográfica– estaba aún por conocerse, más allá de las grandes cifras, de los balances laudatorios y propagandísticos o de las críticas de conjunto poco o nada matizadas.

El decenio de los ochenta supone, no obstante, el inicio de una corriente de investigación sobre los montes españoles, plural en sus enfoques disciplinares y en sus presupuestos teóricos y metodológicos, pero fecunda ya

en resultados. Ruralistas de diversa procedencia –geógrafos e historiadores, sobre todo–, por una parte, y naturalistas interesados hasta entonces por el bosque como una realidad exclusivamente biológica están dedicando muchos esfuerzos al análisis de los montes como un hecho complejo, ecológico y social, cambiante en sus funciones, sometido a demandas, percepciones y políticas diversas, e integrado siempre en esferas locales y regionales contrastadas también.

En ese marco de renovado o, casi mejor, de nuevo interés por los terrenos forestales encaja a la perfección el libro de Carlos Manuel Valdés. Un libro que –el lector lo advertirá nada más adentrarse en la obra– es ante todo el resultado de un largo trabajo de investigación fundamental, cuajado de honestidad intelectual y de buen hacer de la primera a la última página, y sin concesión alguna a los lugares comunes, a las conclusiones apresuradas o a las críticas no contrastadas. El autor, doctor en Geografía, pero abierto por talante y por convicción intelectual a las aportaciones de otros saberes, resume adecuadamente en las páginas introductorias los objetivos de la investigación. No volveré, pues, sobre ellos. Creo que si algo me cabe en este prólogo, como alguien que ha compartido –y aprendido– con Carlos Manuel su interés, su profundo conocimiento y su pasión por los montes, es señalar el reto que suponía iniciar una investigación geográfica sobre una porción de suelo forestal hace ahora más de diez años, cuando todo estaba prácticamente por hacer. El mérito de afrontar la tarea es, sin duda, del autor, pero desde el inicio no estuvo solo. La línea de investigación que por entonces abrió en el departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid Josefina Gómez de Mendoza creó un marco eficaz de transmisión y debate sobre los asuntos relacionados con la Geografía Forestal de España. La excelente acogida y la comunicación fluida con los investigadores del departamento de Sistemas Forestales del INIA, de entre los que, por muchas razones que el autor y yo mismo conocemos bien, hay que destacar a Gregorio Montero, enriquecieron las perspectivas de su investigación, abierta también en todo momento el pasado, a la idea de proceso y de cambio, y, consiguientemente, a las aportaciones de la Historia Rural que por esos años se incorpora igualmente al estudio de los montes.

Con ese bagaje, Carlos Manuel Valdés hubo de diseñar un proyecto de conocimiento del espacio forestal, capaz de dar interpretación coherente a la dialéctica hombre-medio en un ámbito –la montaña– en el que los equilibrios resultan sumamente frágiles y las tensiones por el uso y aprovechamiento del suelo permanentes. Lo primero, como suele ocurrir en las inves-

tigaciones geográficas, fue seleccionar *la zona de estudio*. La elección reca-  
yó en un ámbito de montaña media mediterránea —el sector central y meri-  
dional de la Sierra de Madrid— con una peculiaridad que no debe obviarse:  
su carácter de *montaña metropolitana*, de montaña influida por Madrid  
capital, no sólo en los últimos tiempos como espacio de ocio, sino como  
suministradora también en un pasado lejano de determinados requerimien-  
tos de la ciudad y de la Corona. La obra de Manuel Valdés es, por ello, el  
relato del funcionamiento tradicional y de la crisis de una montaña organi-  
zada hacia adentro, pero utilizada igualmente, valorada y gestionada por  
actores foráneos.

El autor optó asimismo por la *propiedad forestal* como eje vertebrador  
de su investigación. Se sabía ya bastante allá por 1995 sobre la génesis y la  
evolución de las formas privadas de propiedad y tenencia rústicas, pero era  
muy poco lo que conocíamos sobre la propiedad pública de los montes,  
sobre su régimen jurídico y administrativo, y sobre sus formas de explota-  
ción. Manuel Valdés no se ha detenido sólo en el estudio de la estructura  
de la tenencia de los montes —un asunto, por otra parte, sólidamente resuel-  
to en el libro—, sino que como geógrafo concibió en todo momento la pro-  
piedad como *base de la gestión y de los aprovechamientos*, y, por lo  
mismo, como escenario frecuente de conflictos de la sociedad rural consi-  
go misma y con el exterior.

El análisis de esos asuntos medulares requería *una aproximación en  
términos de proceso, de cambio*, pues los montes se nos muestran como  
realidades mucho más dinámicas de lo que en principio pudiera pensarse,  
no ya sólo en los últimos decenios de crisis, sino a lo largo de las cam-  
biantes coyunturas de la llamada agricultura tradicional. Esa es, a mi juicio,  
otra de las virtudes del libro de Carlos Manuel, la diacronía que permite un  
seguimiento sin sobresaltos de la evolución de los montes, de las transfor-  
maciones en su régimen jurídico y en sus formas de aprovechamiento, de  
las cambiantes relaciones con su entorno local y de su capacidad, en defi-  
nitiva, para crear y recrear paisaje.

El monte en una perspectiva de larga duración remite inevitablemente  
también, más aún cuando se trata de monte público, al estudio de las *actua-  
ciones de política forestal*. Es otra de las aportaciones mayores de este  
libro, no sólo porque el autor sabe dar un exhaustivo repaso al largo reper-  
torio de medidas de distinta naturaleza que han gravitado sobre nuestros  
montes, sino porque ha tenido el acierto, la capacidad y la paciencia de con-  
trastar exhaustivamente las normas con su aplicación concreta. Ese diálo-

go entre directrices, disposiciones y realidad cotidiana de gestión le permite llegar a conclusiones difícilmente rebatibles acerca de lo que ha sido, en realidad, la labor de los técnicos forestales en relación con los montes y con el entorno rural en que se incardinan. Sé que algunas de las conclusiones suscitarán polémica, porque en ocasiones se alejan de planteamientos críticos mayoritariamente admitidos ya sobre las actuaciones de los ingenieros de montes. Como he expresado antes, en estos asuntos las generalizaciones resultan poco recomendables; puede que en montes de otros ámbitos regionales las cosas funcionaran de manera distinta, pero en la Sierra de Madrid, al menos, la relación entre técnica e intervención forestal y realidad local no puede plantearse en términos maniqueos. No cabe duda de que los técnicos tenían una concepción y un proyecto “científico” sobre el tratamiento de los montes —concepción, por otra parte, no estática a lo largo de más de medio siglo de profesión—; pero lo importante es que tal proyecto no se impuso a ultranza y a espaldas de las prácticas locales, al menos hasta los primeros decenios del XX. Manuel Valdés aporta suficientes pruebas de hasta qué punto los técnicos, bien por convencimiento o arrastrados por la realidad de los hechos, adecuaron sus planes a las prácticas del entorno en que debían aplicarse.

No quiero terminar estas notas sin destacar el *monumental esfuerzo de tratamiento de fuentes* realizado por el autor a lo largo de la obra. Creo que en este aspecto el libro de Carlos Manuel aporta mucho documental y metodológicamente, más allá de los límites espaciales y temporales de su trabajo. Se ha sabido utilizar y tratar en cada caso el documento adecuado al servicio del asunto que se deseaba investigar. Por ello este libro constituye, entre líneas, un auténtico catálogo de fuentes para el estudio geográfico-histórico del espacio forestal; con una ventaja añadida, y es que el autor, al hilo de sus análisis, ha puesto ya de manifiesto las virtualidades y las limitaciones de fuentes hasta hace muy pocos años prácticamente desconocidas o de otras que apenas se habían aplicado al análisis del mundo forestal.

A la Secretaría General Técnica del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación hay que estar agradecido por la publicación de un libro como éste que ha de constituir, sin duda, referencia obligada en el conocimiento de la evolución y del estado actual de nuestros montes.

**Rafael Mata Olmo**  
*Catedrático de Análisis Geográfico Regional*  
*Universidad Autónoma de Madrid*

## RESUMEN

Los montes y otros terrenos de titularidad pública, municipales principalmente, han jugado históricamente un papel destacado en la economía y en los habitantes de la Sierra de Madrid, como sucede en muchos otros ámbitos montañosos. Desde una perspectiva geográfica e histórica, este libro contribuye a desentrañar algunos de los aspectos relacionados con la existencia misma de tales patrimonios rústicos, su importancia superficial –apuntando hipótesis o casuísticas que pudieran explicar el por qué de su desigual implantación territorial–, su gestión o los aprovechamientos de que han sido objeto. Todo ello considerado desde un enfoque de larga duración imprescindible, parece, cuando se analizan espacios de vocación fundamentalmente forestal, como son los aquí tratados.

El análisis evolutivo apuntado se sustenta en el estudio de documentos y fenómenos de especial relevancia como son: la información contenida en el Catastro de Ensenada para conocer la situación existente en un momento ya tardío del Antiguo Régimen; el proceso desamortizador (con su doble implicación: enajenación de bienes municipales y de la Corona entre 1855 y 1924, e intervención novedosa de un cuerpo técnico sobre los bienes que se mantuvieron al margen de la venta); las consecuencias de la política forestal franquista (mediante el análisis de dos de sus líneas más importantes: adquisición de predios por el Estado y política de repoblaciones); o la dinámica de los patrimonios públicos durante el siglo XX (considerando tanto las transformaciones de propiedad como los cambios de uso).